

La invención de la cultura heterosexual

Louis-Georges Tin*

José Delfino Soto Buenaventura
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Compuesto por tres apartados, *La invención de la cultura heterosexual* es una obra cuyos alcances epistemológicos, políticos, teológicos, históricos y literarios, sobrepasan con creces al objetivo central del texto: el análisis de la heterosexualidad en tanto cultura y norma social; es decir, en cuanto heterosexismo.

Dicho texto intenta descubrir "a partir de qué momento, cómo y por qué nuestra sociedad comenzó a encumbrar a la pareja heterosexual" (p. 13). Con un estilo ameno y apoyado en fuentes de diversa índole, Tin desnaturaliza el imaginario de la pareja hombre-mujer, al mismo tiempo que cuestiona que la mayoría de los estudios traten sobre el "anormal"; esto es, el que debe ser explicado es el homosexual, en tanto "otro".

De este modo, el autor pone en tela de juicio la legitimidad de la pareja hombre-mujer basada en el argumento biológico de la reproducción humana. Actualmente se puede pensar la sexualidad sin reproducción, y viceversa, la reproducción sin sexualidad. Estas reflexiones han sido promovidas por los movimientos feministas de los años setenta, cuya sistematización inauguró la teoría y la perspectiva de género.

La resistencia caballeresca a la cultura heterosexual

El culto a la pareja hombre-mujer surge a fines del siglo XII en Occidente gracias a la aparición de nuevos comportamientos sociales y prácticas sexuales orientadas a la galantería. La institución en ese entonces dominante, la nobleza, basada en una ética caballeresca que ensalzaba la figura del héroe viril, resistió durante algún tiempo a este nuevo culto, oposición que culminaría en una adaptación cuando no sumisión a la nueva norma.

El universo masculino u homosocial se encontraba dominado por el ideal del hombre de guerra, caracterizado por ser ajeno a las mujeres y fomentar las amistades viriles, cuyo rasgo principal era la pasión que las unía. De esta forma, "la exaltación de la vida grupal, las campañas militares y la experiencia del peligro

¹ Louis-Georges Tin, 2012, *La invención de la cultura heterosexual*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata.

compartido creaban lazos muy estrechos, que a menudo trascendían la simple camaradería" (p. 18).

El análisis literario de varias obras de la época medieval, como *El cantar de Roldán*, *El cantar de Athis y Procelias*, *Ami y Amile*, entre otras, permite al autor que dé cuenta del culto a la amistad masculina que predominaba en la sociedad. Dicho afecto era celebrado en una atmósfera heroica y espiritual que tenía poco o nada que ver con lo carnal u homosexual. En muchos casos, como se muestra en los títulos anteriores, "la etimología era signo de verdad para los hombres de la Edad Media. Nombrar así a los hombres era ligar sus almas" (p. 30).

La cultura homosocial de la época medieval tenía cuatro características principales: 1) primacía de las relaciones masculinas; consecuentemente, las mujeres eran objetos sociales menospreciados (homosociabilidad); 2) relaciones viriles públicas y privadas basadas en una suerte de contrato (globalidad); 3) regulación social por medio de la camaradería, la que mantenía los lazos entre el señor feudal y el vasallaje (feudalismo), y 4) amistades viriles apasionadas sin ser por ello carnales (sentimentalismo).

Mientras la cultura homosocial disfrutaba de sus últimos momentos de gloria, a finales del siglo XII apareció la literatura cortés que promovía el amor de la pareja hombre-mujer. Obras como *Érec y Enide* e *Yvain, el caballero del león*, mostraron "hasta qué punto la irrupción de la cultura cortés en un universo caballeresco, globalmente homosocial, podía ser vivida con mucha dificultad" (p. 37).

No obstante, en el siglo XIII aparece una obra cuyo alcance le valió ser considerada como el símbolo de la cultura heterosexual: *Tristán e Isolda*. Tin resalta que existen dos versiones de esta novela: la de Béroul y la de Thomas; en la del primero, el amor entre los personajes es producto de un maleficio; en cambio, en la del segundo, el amor proviene de un flechazo producto de las miradas entre ambos personajes.

Según el autor, *Tristán e Isolda* encarna el triunfo de la cultura heterosexual sobre la homosocial, al definir los elementos del amor de la pareja hombre-mujer. En lo sucesivo, las obras que idolatraban la pareja heterosexual ponían de manifiesto que su amor surgía de filtros, venenos, encantamientos, flechazos; así también, había presencia de celos e incluso una fatalidad trágica, inaugurando la mitología del amor en Occidente.

Una vez concluida la Edad Media, con un terreno favorable para el desarrollo de la cultura heterosexual, los poetas, inspirados en la modalidad italiana del Renacimiento, emprendieron la tarea de enaltecer el amor y sus vicisitudes. Sin embargo, debido a que "las estructuras antropológicas y culturales de la sociedad medieval se mantenían firmes" (p. 57), la tradición homosocial ofreció resistencias a la galantería.

Dentro del terreno literario, la cultura naciente encontró oposición en la tragedia. Ésta era considerada como un género noble que abordaba temas elevados,

heroicos y ejemplares, en los que las mujeres no tenían lugar; al contrario, se ensalzaban las amistades viriles, tal y como sucedía en la tradición homosocial del medioevo.

Tragedias como *Régulo*, *Cleopatra cautiva* y, sobre todo, la trilogía de Louis Des Masures con su *David combatiente*, *David triunfante* y *David fugitivo*, expusieron el concepto de amor basado en las camaraderías heroicas. Dos asuntos hay que resaltar: 1) el amor entre los héroes es un acto de fe ligado al patriotismo, y en este sentido, "las amistades entre hombres son al mismo tiempo sentimentales y políticas: ensalzan la ternura y el poder" (p. 67); y 2) las pasiones de los hombres por las mujeres aparecían como amenazas para el Estado, en función de que se antepone el interés personal al interés general.

Con la sumisión de la tragedia a la cultura heterosexual se dio por terminado su proceso de naturalización en la sociedad. En palabras del autor, "eso demuestra hasta qué punto había avanzado el proceso de naturalización de la cultura heterosexual, que luego de haber conquistado la poesía lírica y la novela, géneros menores de la época, se adueñaba ahora de la tragedia, es decir, del género mayor" (p. 78).

La resistencia clerical a la cultura heterosexual

La cultura cristiana medieval basada en el ideal de Jesucristo, hombre soltero, hijo de una virgen, digno representante del celibato y del amor hacia Dios, no estaba preparada para arropar el imaginario del amor cortés, el que promovía los deseos carnales entre la pareja hombre-mujer, a la vez que ponía en aprietos el celibato impuesto a los sacerdotes.

Con la prohibición del casamiento para los clérigos producto del II Concilio de Letrán en 1139, se dio un paso enorme; no obstante, las prácticas heterosexuales iban ganando terreno y carecían de un control político y eclesiástico. Ante estos embates, el clero adoptó dos medidas interesantes para frenar el desarrollo de esta naciente cultura: 1) una reforma moral a la profesión de los poetas y 2) la instauración del matrimonio como sacramento.

Respecto al primer punto, Tin cuenta que surgió una asociación poética conformada por siete trovadores, quienes por medio de las *Leys d'Amor* anunciaban que la poesía amorosa sólo podía ser cantada a las mujeres con las que tenían pensado casarse, de modo que no estaba permitido cortejar damas casadas ni aquéllas con las que no buscasen el matrimonio; en pocas palabras, no se podía hacer de la mujer un objeto de culto.

Asimismo, se reformó la práctica poética al invitar a los poetas a cantar a la Virgen María (la Noble Dama), utilizando una técnica especial que consistía en adaptar los poemas populares en los que se cantaba a las mujeres comunes; de ahora en adelante, la poesía dedicada a María era superior. Hubo una cristianización de la cultura heterosexual: se le canta a una mujer, pero era la Virgen; de este modo, se la desexualizaba.

En cuanto a la institución del matrimonio como sacramento, este llegó en el IV Concilio de Letrán, en 1212, no sin antes condenar al adulterio y la sodomía como pecados. De esta manera, "el amor hombre-mujer pudo así acceder a una dignidad cristiana más amplia, a condición de aceptar las reglas promulgadas por la Iglesia en el marco conyugal" (p. 99).

De este hecho, derivaron tres argumentos: 1) renunciar a la carne es sagrado, pero no renunciar también lo es (lógico), 2) el poder espiritual es superior al terrenal (político), y 3) el matrimonio concebido como la unión mística entre la Iglesia y el Señor es un acto de devoción (teológico).

Cabe mencionar que se reconoció el estatus de la mujer pero se le relegó al ideal de esposa confinada a las tareas domésticas, abriendo paso a las posteriores críticas basadas en un problema de género y de sexo: la Iglesia no aceptaba las relaciones entre hombres por temor a la sodomía, y tampoco permitía que hombres y mujeres vivieran su sexualidad bajo el argumento del pecado de la carne. En este sentido, Tin sostiene que "el poder feudal y el poder de la Iglesia eran, en última instancia, el poder de los hombres" (p. 102).

Con la irrupción del protestantismo en el Renacimiento se dio un replanteamiento epistemológico, político y teológico del estatus de la pareja hombre-mujer. Como bien cuenta Tin, la gota que derramó el vaso fue el rechazo al divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón, por el Papa Clemente VII. Este hecho reformuló los puntos de vista que la Iglesia sostenía respecto a la pareja hombre-mujer, el matrimonio, el celibato, el poder sobre el mundo terrenal y un nuevo concepto de matrimonio moderno.

En primera instancia, Clemente VII se enfrentó a un dilema de carácter moral y teológico en la medida en que "conceder el divorcio habría significado reconocer que la pareja hombre-mujer podía liberarse de las reglas cristianas por un sí o por un no" (p. 128). Así también, el matrimonio de los clérigos cuestionó la primacía del celibato respecto a la vida conyugal. En este sentido, Calvino respondía que no había contradicción entre el amor a Dios y el amor hombre-mujer, puesto que ambos eran compatibles en función de que conformaban una comunidad cristiana.

En resumen, "el sacrificio que representaba el rechazo de la carne, y en consecuencia del matrimonio, constituía desde hacía siglos una estrategia de diferenciación que le permitía a la Iglesia afianzar mejor su autoridad social, simbólica y espiritual" (p. 132). El poder y prestigio del clero se basaban en una suerte de ascetismo sexual; es decir, de un poder del espíritu sobre los sentidos.

Fiel a su estilo, Tin explica cómo pese a la resistencia del teatro religioso por sucumbir a los encantos de la cultura heterosexual, el teatro callejero salió victorioso en función de que lograba seducir más público que su opuesto. Resaltan las obras de Corneille y Henri Ghéon, quienes promovieron los valores religiosos como la renuncia a la carne y el rechazo a la mujer. No obstante, según Tin, el fracaso de esta reforma cristiana al teatro se debió a que "la cultura heterosexual parecía tan

natural a los cristianos de la época que resultaba inadmisibile que les propusieran otra ética" (p. 157).

La resistencia médica a la cultura heterosexual

Los primeros intentos por describir la cultura heterosexual como una patología estuvieron a cargo de Jean Aubéry en *El antídoto del amor* y de Jacques Ferran en *De la enfermedad del amor*. Ambos autores realizaron una sistematización de la enfermedad del amor que va desde una tipología del padecimiento (amor virtuoso y amor sensual), la sintomatología (manos frías, temperatura, adelgazamiento, suspiros, insomnios, etc.), órganos del cuerpo que afecta (el hígado y la matriz), factores que la provocan (estaciones del año, regiones, clima y genética), hasta su tratamiento (por ejemplo, el celibato).

El discurso médico del siglo xvii producto de las obras de Escipion Dupleix y de Molière, modificó la concepción clínica del amor como enfermedad a un estatus de cura para varios males. De este modo, se propagó la idea de que si a una joven se le ve constantemente enfermiza es porque ha llegado el momento de casarse. El asunto no sólo era el casamiento, sino que debía haber amor entre la pareja para que el tratamiento resultara efectivo.

Un último intento por resistir a la cultura heterosexual tuvo lugar a principios del siglo xx, cuya empresa estuvo a cargo de reconocidos médicos como Portemer, Esquirol, Adler, Ned, entre otros. Portemer en *De la erotomanía*, concluye que la enfermedad del amor (erotomanía) era causada por factores culturales, cuyos agentes patógenos eran los artistas y los poetas. En cierta medida, los artistas se ven aquejados de erotomanía y los erotómanos se vuelven artistas. Ambos compartían síntomas como graforrea, razonamiento inductivo, libre asociación de ideas, creatividad, principalmente.

El avance de la ciencia médica permitió rechazar la idea de que el amor era un recalentamiento del cuerpo y de la sangre, cuyos males se alojan en el hígado y el útero. La erotomanía pasó a ser una enfermedad mental que se asentaba en el cerebro. Así, la "heterosexualidad" fue un invento de la psiquiatría que suplantó las anteriores concepciones de "enfermedad del amor" (término literario) y "erotomanía" (término médico).

Cabe señalar que a principios del siglo xx, diccionarios como el *Dorland's Medical* y el *Webster's New International Dictionary* definían la heterosexualidad como un apetito sexual anormal o pervertido por el otro sexo. La tipología sexual médica de ese entonces basada en homosexuales, heterosexuales y personas normales excluía a los dos primeros como formas de expresión y vivencias sexuales "normales".

La ciencia médica apoyada en el psicoanálisis, la psiquiatría, la biología, la endocrinología y demás ramas, fomentó la idea de que la homosexualidad era una patología que habría que estudiar a fondo para conocer su etiología (desorden

mental, desajuste hormonal, cromosomas, etc.) y proponer formas de curarla y erradicarla (medicamentos, terapias psicológicas, entre otros).

Una de las herramientas en las que se apoyó la medicina para prevenir y erradicar la homosexualidad fue la educación. Las reformas pedagógicas de los siglos XVIII, XIX y XX se apoyaron en los descubrimientos del psicoanálisis, principalmente de Freud, para establecer medidas de control y de vigilancia que garantizaran el desarrollo normal de la sexualidad de los niños y niñas, entendiendo por normal el desarrollo heterosexual.

Si la heterosexualidad es fruto del aprendizaje, o lo que es lo mismo, si la heterosexualidad no es un hecho inmediato a la conciencia sino el resultado de un aprendizaje de la historia psíquica del individuo entonces puede ser enseñada. De esta manera, "la ciencia que antes se oponía al progreso de la cultura heterosexual, se apoyaba de aquí en más en el sistema escolar como forma de difundirla mejor" (p. 196).

La educación para la heterosexualidad abrió camino a diferentes modalidades del sistema escolar, como los internados (para prevenir el onanismo) y luego la enseñanza mixta (para fomentar el contacto y gusto por el otro sexo). Aunque lo anterior parezca que tendía a promover la igualdad de los sexos, ello no es cierto si se considera que la escuela mixta difundía prácticas diferenciadas según el sexo de los estudiantes; por ejemplo, cocina y escultura para las niñas y artesanía en hierro para los niños.

Tuvieron que pasar varias décadas de debate para que en 1990, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declarara que la homosexualidad no era una enfermedad sino una expresión de la diversidad sexual. Aunado a lo anterior, los movimientos feministas de los setenta y los *gender and queer studies* de los noventa contribuyeron a desnaturalizar la idea de que la heterosexualidad era la única forma válida de pensar y de vivir la sexualidad humana. Autoras como Millet, Rich, Wittig, Butler, entre otras, denunciaron un pensamiento *stright* basado en la dominación de las mujeres por medio de la subordinación de la mujer. En lo sucesivo, el argumento tradicional promovido desde la Edad Media por la nobleza y el clero, y luego en el Renacimiento por la medicina, según el cual "la práctica heterosexual es buena porque permite fabricar niños; la cultura heterosexual está justificada porque favorece la natalidad", (p. 211) quedó al descubierto, desnudo y expuesto por el pensamiento feminista que concibe la sexualidad y la reproducción como prácticas humanas autónomas.

En ese sentido surge la interrogante: ¿cuál será el futuro de la cultura heterosexual, si hoy en día es posible y deseable pensar la sexualidad sin reproducción (DIU, píldoras anticonceptivas, preservativos, abortos legales) y la reproducción sin sexualidad (inseminación artificial, fecundación in vitro, etc.)? Según el autor, estamos ante el nacimiento de una nueva cultura sexual, o más bien, de una cultura post-sexual, en la que las parejas, sin distinguir entre los géneros (hombre-mujer,

hombre-hombre, mujer-mujer, etc.), tendrán encuentros sexuales por el mero hecho de disfrutar su corporalidad: el placer como fin en sí mismo, maximización del ideal hedonista.

Conclusiones de Tin

En la última parte de su trabajo, el autor responde a la pregunta: "¿por qué la cuestión heterosexual?". Escribe una narración autobiográfica en la que explica cómo a partir del estudio de la homosexualidad llegó al tema de la heterosexualidad, tocando transversalmente cuestiones como la homofobia y el heterosexismo: "ya es hora de que los estudios *gay* y *lesbian* abran camino a los estudios heterosexuales" (p. 213).

Entre otras cosas, responde a los siguientes puntos: 1) el método de análisis empleado en su investigación (posición androcéntrica y cultura oficial); b) su postura respecto a Foucault (Tin se pregunta por qué hablamos tan poco de heterosexualidad, y Foucault se cuestiona por qué hablamos mucho de sexualidad), y 3) un supuesto anacronismo respecto del uso de la palabra "heterosexualidad" (responde que no hay historia que no sea anacrónica, la historia es una lectura actual del pasado, esta lectura emplea códigos o conceptos de análisis que no son propios de la época que se estudia).

Finalmente, deja abierto varios puntos de reflexión como la vivencia de la sexualidad en la cultura popular (aspecto que le tocaría responder a la antropología), los códigos actuales de masculinidad, la reordenación social producto del pensamiento feminista, el nacimiento de una cultura post-sexual basada en el ideal del placer como fin en sí mismo.